



## PERÚ

LA independencia del antiguo Virreinato de este nombre, solicitada en un principio con harto menos fervor que la de otras colonias españolas; favorecida por el espíritu sedicioso que penetró en el ejército realista, y del que fué demostración escandalosa el motín de Aznapuquio contra el Virrey Pezuela; y obtenida, finalmente, por la intervención del argentino San Martín y el venezolano Bolívar, no sirvió para inaugurar una era de prosperidad en la República peruana; antes bien, con las desmembraciones territoriales y las discordias intestinas, se preparó el eclipse de la supremacía política é intelectual que hasta entonces había ejercido Lima sobre toda la América del Sur.

Durante los últimos años del período colonial estaba ya considerablemente mermado en el Perú el esplendor literario de otros tiempos, porque, así el poeta de los *yaravies*, D. Mariano Melgar, que murió trágica y prematuramente en la guerra separatista, como el mediocre traductor de los *Salmos*, D. José Manuel Valdés, distan infinito del autor de *La Cristiada*; pero hubo allí, por otro lado, desde fines del siglo XVIII, un

renacimiento científico comparable con el de Nueva Granada. Después de la emancipación pasaron por la ciudad del Rimac tres españoles que, con su ejemplo ó sus enseñanzas, formaron el gusto de la juventud aficionada á las musas: D. José Joaquín de Mora, á quien se debió en gran parte la fundación del *Ateneo del Perú*; D. Sebastián Lorente, Rector del Colegio de Guadalupe, y luego Decano de la Facultad de Letras en la Universidad de San Marcos; y D. Fernando Velarde, poeta santanderino, de inmensa reputación en toda la América española, á quien Ricardo Palma da el nombre de *gran capitán de la Bohemia limeña* (1).

En 1828 llegó también á la capital del Perú, donde había nacido un condiscípulo de Espronceda y Ventura de la Vega en el célebre Colegio de San Mateo, dirigido en Madrid por D. Alberto Lista. No olvidó nunca D. Felipe Pardo y Aliaga (1806-1868) la doctrina sólida, aunque severa en demasía, hasta rayar en la timidez, que aprendió de su esclarecido Maestro; y en medio de la revolución literaria de que fué testigo, y que, proclamando la libertad en el arte, se extendía por todas las naciones cultas á la sombra de la bandera romántica, él no perdió su fe en los derrocados ídolos clásicos. A vuelta de algunas preocupaciones que indebidamente se empeñaba en conservar, y que con justicia combatieron los partidarios de la nueva escuela, manifestó en todo lo demás un buen sentido admirable, y por él se libró de incurrir en las extremidades y ridiculeces á que rindieron tributo no pocos autores de aquel tiempo, así en Europa como en América. Y es que la educación recibida por D. Felipe Pardo armonizaba con su naturaleza reflexiva, ajena á los entusiasmos prematuros, y en la que prepondera-

(1) *Poesías de Ricardo Palma*, Lima, 1887, pág. 11. El prólogo que lleva este libro, y que titula su autor *La Bohemia limeña de 1848 á 1860: Confidencias literarias*, contiene muy curiosas noticias, que seguiré utilizando desde ahora.

ron las aptitudes para la observación atenta de la realidad sobre la brillantez de la fantasía. Por esa causa no figuró el discípulo de Lista en los bandos políticos más exaltados; antes bien llevaba el odio á las ideas revolucionarias y á la demagogia de todos matices, hasta el extremo de simpatizar con el cesarismo de Napoleón III, y con la dictadura de cualquier advenedizo mantenedor del orden social.

Alguna vez ensayó la lírica de altos vuelos, excitando al cantor de Junín á que añadiera nuevos lauros á su corona de poeta y maldijese á los *monstruos feroces* que

Con vil perfidia y negro fanatismo  
Cometieron el torpe sacrilegio  
De hacer correr la sangre de los Incas,  
Mezclada con el agua del Bautismo.

Pero la cuerda de las composiciones más conocidas de Pardo es la satírica de tono familiar, la de Iglesias, Moratín y Bretón de los Herreros, aunque no simplemente retozona ó picaresca, sino con visibles dejos de intención didáctica y algo trascendental. En el soneto *El Rey Nuestro Señor* (donde se designa con este nombre al pueblo soberano), y en las letrillas sobre temas políticos, se ve ante todo al enemigo acérrimo de la anarquía y las farsas de los partidos, al reaccionario que expone indirectamente su programa de gobierno, ridiculizando los de tendencias contrarias á las que él defiende.

Cultivó también Pardo la comedia y el género de costumbres. Tres son las piezas que dió al teatro, las tres ajustadas á los cánones del clasicismo, tal como se entendía en el siglo XVIII, fieles á la enseña del *Castigat ridendo mores*, y acomodadas al gusto de la sociedad para que fueron escritas.

Quizá no era inferior en dotes naturales á D. Felipe Pardo su hermano D. José (1820-1873), que como él

se educó en España, y de quien sólo se citan algunas composiciones improvisadas ó dispersas en varios periódicos, pero tan ingeniosas y correctas, de versificación tan fácil y galana, que da lástima ver derrochados en ellas verdaderos primores de ejecución, dignos de asuntos menos fútiles y más decorosos. La oda *A la independencia de América* ofrece bastantes desigualdades, y, en conjunto, no pasa de la medianía.

Entre los poetas peruanos anteriores al romanticismo y extraños al influjo de la nueva dirección literaria debe mencionarse á D. Manuel Ascensio Segura (1805-1871), á quien llaman sus compatriotas émulo de Bretón de los Herreros (1), y que, si no merece tan honroso dictado, poseía indudablemente un gran instinto cómico, que no cuidó de perfeccionar con el estudio. Sin embargo, desde su primer obra dramática, *El sargento Canuto*, representada en 1839, hasta *El resignado*, *Nadie me la pega* (1855), y *Ña Catita* (1856), progresó extraordinariamente el autor, así en la pintura de los caracteres como en el esmero de la forma, sin perder nada en la espontaneidad y el chiste de sus geniales ocurrencias. La índole de los argumentos que solía elegir, y el modo de presentarlos, dan al teatro de Segura bastante semejanza con las piezas del que apellidan ahora en España *género chico*, salvas las diferencias naturales de tiempo y de lugar.

De 1848 en adelante se organizó un grupo literario de jóvenes que hacían alarde de imitar en las costumbres y en las ideas á los románticos franceses y españoles, y que, enamorados de Lamartine ó Victor Hugo, de Espronceda, Zorrilla, Arolas ó Enrique Gil, según las inclinaciones y preferencias de cada uno, convenían en el propósito de llevar á su patria el espíritu de una escuela decadente ya por entonces en Europa.

(1) Émulo, añade Ricardo Palma, *hasta en lo físico*, pues también tenía el mismo defecto de la vista que el autor de *Marcela*.

Todos ellos veneraban, como á un oráculo, al poeta santanderino Fernando Velarde, cuyos versos aprendían de coro, sin distinguir entre sus aciertos y sus genialidades indefendibles, considerando éstas y aquéllos como prodigios de inspiración. La atmósfera moral que respiraron los bohemios de Lima, y en que se mezclaba la influencia de sus lecturas idealistas con los atrevimientos picarescos de la tertulia familiar, trascendió á las producciones del gremio, entre las que alternaban las cantigas sentimentales y los dramas terroríficos con las sátiras en prosa y verso que aparecían semanalmente en el periódico *El Diab'lo*. Los escritores respetables por su edad y sus méritos, como D. Felipe Pardo, y el público en general, alentaron á aquella juventud, que tuvo además la fortuna de encontrar un Mecenas bondadosísimo en la persona de D. Miguel del Carpio, Ministro amigo de las letras, y pródigo dispensador de credenciales.

Conocidas las tendencias y aspiraciones de la agrupación romántica del Perú, no es preciso insistir mucho en las prendas individuales de los ingenios que la componían, faltos, en su mayor parte, de iniciativa propia, y en cuyos cantos se advierte el eco de la moderna poesía española, unas veces con discretas modificaciones, otras desfigurado sin habilidad.

Así, respecto de Clemente Althaus (1835-1876), cuesta gran trabajo reconocer que hubiese en su lira notas que parecen de la lira del inmortal Quintana, como dice con amistoso apasionamiento el Sr. Palma, ni que el amanerado estilo y la dicción tortuosa de las composiciones *Á una espada*, *Á Colón*, *Á Magdalena*, *Safo á Faon*, etc., ostenten el carácter del verdadero clasicismo. La oda *Á Colón*, por ejemplo, comienza con la premiosa languidez que se verá en estos versos:

Descubridor de un mundo y adivino,  
¡Quién á mi pobre lira cuerdas nuevas  
Añadiera, ó del lírico de Tebas

Diera á mis manos el laúd divino,  
Ó de aquel por quien osa  
La palma á Tebas disputar Venosa,  
Para poder con arte  
Digno de tu grandeza, celebrarte!

Y luego habla el autor del *alto metro* de aquel *divino par*, y de *las cortas alas* de su *infante numen* (sic), con otras frases por el estilo, que suenan á retórica de la peor especie.

Manuel Nicolás Corpancho (1830-1863) fué un admirador entusiasta de Zorrilla, que procuró aprender de él los secretos de la versificación espontánea y numerosa, y que nos ha dejado muestras de sus aptitudes para los distintos géneros poéticos en el volumen de sus rimas sueltas, impreso en París (1854), en el poema épico *Magallanes*, y en los dos dramas *El Poeta cruzado* y *El Templario*. Tampoco sobresalen por la originalidad Carlos A. Salaverry (1830-1891) y Luis Benjamín Cisneros, que, además de cultivar asiduamente la lírica, dieron al teatro no pocas obras estrenadas con buen éxito, sobre todo la del último, titulada *Alfredo el sevillano*.

Manuel Adolfo García (1829-1883) adquirió gran renombre con su composición *A Bolívar*, en la que hay, á no dudarlo, cierto vigoroso empuje de combate y cierto calor de expresión, algo desvirtuados por la falta de lima y de naturalidad. El pensamiento, repetido tantas veces por los autores americanos, de que los Andes son el libro donde mejor están consignadas las proezas del libertador, va aquí acompañado de una imagen nueva y feliz, á pesar de algún defecto de lenguaje:

Leo allí toda tu historia,  
Donde dejaste memoria  
De que tu constancia pudo  
Dejar de palmas desnudo  
Todo el árbol de la gloria.

También pertenecieron á la Bohemia de Lima Pedro Paz-Soldán y Unanue (1839-1894), que usó ordinariamente el pseudónimo *Juan de Arona*, aficionado á la sátira festiva, y á quien se deben algunas versiones de los clásicos latinos, entre ellas la del primer libro de las *Geórgicas*; Constantino Carrasco (1841-1877), que interpretó en versos castellanos el drama quichua *Ollantay*; Arnaldo Márquez, cuya misantropía le ha hecho desdeñar la gloria literaria, y que casi sólo es conocido como traductor de Shakespeare; y José Antonio Lavalle, que, consagrándose desde luego á los estudios históricos, publicó uno muy notable acerca de *Don Pablo Olavide, su vida y sus obras*, y después otras más breves (*O'Higgins, Antequera, Valdés*, etc.), insertos en la *Revista de Lima*, fundada por él con la colaboración de los principales escritores del Perú.

A todos sus colegas aventajó Ricardo Palma, no precisamente con sus obras poéticas, de las que él habla con severidad desdeñosa, aunque bien merecen el fallo absolutorio algunas *Armonías*, y la traducción de *La Conciencia*, de Víctor Hugo; sino con las *Tradiciones* en prosa, donde ha hecho revivir, por mágica evocación, los acontecimientos y personajes de la historia de su patria durante la época de la dominación española (1). Si no asomaran entre líneas la mueca de burla y el escepticismo volteriano del narrador, sería cosa de tomarle por un cronista más, que se contenta con dar forma elegante y amena á las noticias recogidas en los polvorientos infolios de las bibliotecas conventuales; y aun sabiendo que no es la fidelidad histórica el distintivo principal de las *Tradiciones peruanas*, apenas cabe establecer en ellas la línea divisoria entre la realidad y la ficción, por el arte ingeniosísimo con que

(1) La casa de Montaner y Simón ha publicado últimamente una colección selecta de las *Tradiciones peruanas* en tres volúmenes. (Barcelona, 1893-1894.)

las dos aparecen unidas. Arzobispos y virreyes, frailes y clérigos, monjas y beatas, militares, golillas, mercaderes y gente menuda de comparsa; casi todos los personajes de diversa catadura que hace desfilas Palma ante los ojos del lector, tienen aspecto de irrefragable autenticidad arqueológica. La gracia retozona, el dejo sabroso y la castiza estirpe de estilo y lenguaje vienen á reforzar el interés de los cuadros, ya de suyo muy movidos é interesantes, en que el autor ha sabido formar cierto molde nuevo de variedad narrativa, suavizando la impresión de la leyenda romántica con el donaire epigramático y la disimulada ironía. Lo sensible es que el uno y la otra recaen á veces sobre cosas dignas de respeto, hasta cuando de ellas se abusa, y que, al combatir las preocupaciones de lo pasado, rinde tributo el Sr. Palma á las de nuestros días.

Poco es lo que puedo decir sobre la literatura peruana en su último período, porque solamente he leído algunas obras de los autores que la representan; mucho menos conocidos, no sólo en España, sino también en América, que sus inmediatos predecesores.

Entre los poetas jóvenes se distingue José S. Chocano, que sigue en parte las huellas de Rubén Darío, y cuyas rimas, así las inspiradas por el espíritu revolucionario y de propaganda política como las de carácter subjetivo, son prueba de un corazón apasionado y una fantasía brillante, pero que rompe con toda ley de medida y se pierde con frecuencia en los laberintos de la hipérbole errónea y afectada. Mercedes Cabello de Carbonera parece adoptar los procedimientos de la escuela naturalista, y ha escrito novelas sociales (*Blanca Sol, Las Consecuencias, El Conspirador*) y trabajos de crítica, inspirándose en un criterio sistemáticamente irreligioso. Clorinda Matto de Turner, directora de la revista *El Perú ilustrado*, imita en varias de sus narraciones á Ricardo Palma, y es autora del drama *Hima-Sumac*, episodio de los tiempos de la conquista. Otra

literata, en fin, Teresa González de Fanning, se ha dado á conocer con la colección de *Artículos, Novelas y Discursos* titulada *Lucecitas* (Madrid, 1893), que lleva un prólogo de Emilia Pardo Bazán (1), y en la que van incluídas algunas narraciones muy agradables, de estilo fácil y lenguaje castizo.

(1) No permite la brevedad de este estudio hablar en sección aparte de los autores de Bolivia, entre los cuales figuran Ricardo J. Bustamante, Daniel Calvo, Benjamín Blanco y algunos otros.



## CHILE

**C**ERTO predominio de la razón sobre la fantasía, del sentido práctico sobre las vertiginosas exaltaciones idealistas, parece constituir el carácter del pueblo chileno, y distinguirlo de todos los demás de la América española, manifestándose en el orden político por la menor frecuencia de los sacudimientos revolucionarios y por la estabilidad relativa de instituciones, leyes y gobiernos, y en el orden intelectual por la predilección á los estudios útiles, y especialmente al de la Historia: de modo que con la simple inducción, fundada en los datos bibliográficos relativos á esta República, basta para comprender que se ha cultivado allí menos el arte que la ciencia.

Ya desde el siglo xvi se advierte en las obras de casi todos los autores que nacieron ó residieron en Chile la subordinación del fin estético al didáctico, del sentimiento de la belleza al afán de la exactitud, sin que pueda exceptuarse en absoluto de la regla ni la misma *Araucana* de D. Alonso de Ercilla, porque, á pesar del extraordinario vigor de muchos pasajes y del indiscutible mérito del conjunto, domina en todo el poema una sobriedad de inventiva, tono y lenguaje,